

La formación y la espiritualidad del catequista: algunas novedades del *Directorio para la catequesis*

José Antonio Sánchez Ortiz

Delegado episcopal de Catequesis

Diócesis de Jaén

La catequesis ha sido resituada en un nuevo contexto teológico y eclesial con la publicación del nuevo *Directorio para la catequesis* (DC). En él se responde a la inquietud del papa Francisco por construir una Iglesia «en salida», que convierta su pastoral de conservación en una pastoral misionera y laical (cf. DC, nn. 49-50). Este cambio de perspectiva, además, justifica que haya sido la Congregación para la Nueva Evangelización la encargada de elaborar el reciente documento, y no la Congregación del Clero, responsable de preparar y publicar veinte años antes el *Directorio General para la Catequesis* (DGC).

El nuevo marco eclesiológico ha hecho que, por una parte, la catequesis se inserte dentro del proceso evangelizador de la Iglesia y, por otra, que se recupere la catequesis kerigmática y mistagógica (cf. EG, nn. 163-173), como aparece reflejado en el contenido del nuevo directorio. Se trata de volver a lo esencial en esta nueva etapa evangelizadora de la Iglesia; una vuelta que afecta de manera particular a la catequesis y a los catequistas, ya que, como recuerda el propio directorio, «la calidad de las propuestas pastorales está estrechamente ligada a las personas que las ponen en práctica» (DC, n. 130). Así que el modelo de catequesis y de catequista están llamados a una adaptación, acorde a la necesidad de catequizar en un nuevo paradigma social, cultural y eclesial (cf. EG, nn. 1.17; DC, nn. 38-41.48).

La espiritualidad y la formación son los dos elementos clave en la renovación del catequista que debe desarrollar un nuevo modelo de catequesis. Vamos a desentrañar el capítulo dedicado a la formación del nuevo directorio, porque en él encontraremos algunos de los rasgos novedosos y significativos que debe tener la formación y la espiritualidad que forje la identidad del catequista de la Iglesia actual.

1. La formación del catequista: un proceso permanente de conformación

El *Directorio para la catequesis* da un papel más relevante a la identidad del catequista y su formación que el anterior *Directorio general para la Catequesis*. No obstante, como nota significativa, cabe decir que existe una continuidad entre ambos documentos respecto al tema de la formación de catequistas, si bien el nuevo directorio profundiza en algunos puntos concretos y, sobre todo, pone el acento en aspectos que no tuvieron tanta relevancia o fueron considerados como secundarios en el anterior directorio.

A continuación, señalamos las diferencias más sobresalientes, algunos de los contenidos novedosos que aporta el nuevo documento y, sobre todo, destacaremos esos acentos de la formación de catequistas que reclama el actual momento evangelizador de la Iglesia.

1.1. ALGUNOS INDICIOS DE NOVEDAD

Una primera lectura del nuevo directorio, y concretamente del capítulo dedicado a la formación de catequistas, nos ofrece una serie de indicios en los cuales descubrimos algunas novedades que aporta este documento respecto al anterior.

El primer indicio lo encontramos en el lugar que ocupa el tema de la formación el índice general. Si comparamos los índices de los últimos directorios, descubrimos que la formación de catequistas ha pasado de ser tratada en la última parte del DGC a estar situado en el tercer capítulo del DC. Esta diferencia de lugar representa un cambio sustancial

en la consideración que recibe la figura del catequista en el ámbito general de la catequesis. Para el nuevo documento, el catequista no es considerado un elemento más en el acto catequético, sino una pieza clave y fundamental del mismo. Y es que el propio DC, como hemos dicho antes, ha vinculado la calidad de la catequesis a la calidad de los catequistas (cf. DC, n. 130).

El segundo indicio está relacionado con la estructura y el contenido del capítulo dedicado a la formación. En él encontramos: una reducción del número de apartados, el cambio de posición que se la ha dado al epígrafe dedicado a la comunidad cristiana (de estar colocado al final en el capítulo del DGC ahora está ocupando los primeros apartados del DC) y, sobre todo, la incorporación de la formación catequética de los candidatos a las Órdenes sagradas. Estos dos últimos detalles, puestos de manifiesto en la comparación de los directorios, nos revelan que el nuevo documento no solo quiere preponderar el papel de la comunidad cristiana como responsable de catequizar (cf. DGC, n. 220), además resalta la necesidad de la formación catequética de aquellos que van a ser enviados en su nombre a desempeñar esta tarea evangelizadora como presidentes de la comunidad.

En tercer lugar, en el nuevo directorio llama la atención la utilización de algunos conceptos que últimamente han sido puestos de actualidad gracias al papa Francisco: discípulos misioneros, discernimiento, abuso, ecología, proceso, laboratorio de la fe... Ellos evidencian la repercusión que tiene en el ámbito de catequesis el modelo eclesial y evangelizador de Iglesia “en salida” que está tratando de alentar el sucesor de Pedro, y viceversa: el papel que juega la catequesis en el desarrollo de este modelo eclesial y evangelizador.

1.2. LA FINALIDAD DE LA FORMACIÓN: UNA APUESTA POR LA IDENTIDAD

El DC abre el capítulo dedicado a la formación de catequistas abordando el tema de su naturaleza y finalidad. En él, a diferencia de lo que ocurre en el DGC, no se hace hincapié en la formación como una preparación que otorga al catequista la capacidad para transmitir el

Evangelio (cf. DGC, n. 235), sino como un «proceso permanente» que transforma a la persona del catequista, bajo la guía del Espíritu Santo y en el seno de la comunidad cristiana (cf. DC, n. 131). Es decir, el nuevo directorio no enfoca la formación hacia el acto de comunicación implícito en la transmisión de la fe, sino hacia el propio catequista y su identidad.

En el DGC, los acentos de la formación de catequistas se ponen en la aptitud y habilidad para comunicar el mensaje evangélico, con una finalidad cristocéntrica y desde un compromiso eclesial. En otras palabras, el catequista se forma en la conciencia viva de la Iglesia (cf. DGC, n. 236) para posibilitar la comunión de los catecúmenos con Jesucristo (cf. DGC, n. 235). El catequista se inserta en la dinámica evangelizadora de la Iglesia y se forma en la eclesialidad de la transmisión de la fe, con el objetivo de que el acto catequético sea un instrumento que favorezca el encuentro con Cristo. Por eso, a través de la formación, el catequista ahonda en la comunión con la Iglesia y se le capacita para la comunicación de Jesucristo y de su Evangelio.

En el DC, sin embargo, los acentos son otros. Se diluye el tema de la capacitación y se incide en la formación como un proceso permanente de crecimiento de la identidad cristiana; un proceso pneumatológico de transformación del propio catequista como persona bautizada. Es decir, aquí la formación del catequista se entiende como apertura a la acción del Espíritu Santo que, a través de la Iglesia, conforma a los bautizados con Cristo (cf. DC, n. 131). Así que, en el DC, la finalidad de la formación pivota sobre la vocación e identidad cristiana del catequista. Y este aspecto es, sin duda alguna, una de las principales novedades del directorio en el tema de la formación.

La perspectiva del nuevo directorio no apunta hacia la capacitación del cristiano, sino hacia el proceso de conformación con Cristo que tiene que darse en el catequista, en cuanto que persona bautizada llamada a dar testimonio¹. «Conformar» con Cristo,

¹ EG, n. 121: «Por supuesto que todos estamos llamados a crecer como evangelizadores. Procuramos al mismo tiempo una mejor formación, una profundización de nuestro amor y un testimonio más claro del Evangelio (...), todos somos *llamados a ofrecer a los*

etimológicamente, significa «dar la forma» de Cristo. De manera que la formación, en cuanto proceso de conformación, debe provocar una conversión existencial y constitutiva en el ser del catequista, de manera que crezca su identificación total con Cristo, según la clave paulina de: «vivo, pero no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Gál 2, 20*).

En este sentido, la formación aparece como la condición de posibilidad que configura a una persona que ha recibido la gracia bautismal y se somete a un proceso de transformación que le convierte en «testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios» (DC, n. 139). O dicho de otra manera, se trata de un proceso de interiorización existencial del mensaje del Evangelio que convierte al catequista en rostro de Cristo (cf. *Gál 4,19*) enviado a los más pobres (cf. DC, n. 131).

Por otra parte, el nuevo directorio se hace eco de la idea impulsada por el papa Francisco desde que llegó a la sede de Pedro sobre el compromiso evangelizador de todo bautizado en cuanto que discípulo misionero (cf. DC, n. 40). El santo padre, en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, aboga por una evangelización que se desarrolle a partir de la gracia bautismal y, por tanto, de la condición discipular y misionera del bautizado:

En virtud del bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. *Mt 28, 19*). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador, y sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea solo receptivo de sus acciones. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. (...) Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús; ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros» (EG, n. 120).

demás el testimonio explícito del amor salvífico del Señor, que más allá de nuestras imperfecciones nos ofrece su cercanía, su Palabra, su fuerza, y le da un sentido a nuestra vida. Tu corazón sabe que no es lo mismo la vida sin Él; entonces eso que has descubierto, eso que te ayuda a vivir y que te da una esperanza, eso es lo que necesitas comunicar a los otros». El subrayado es mío.

La insistencia del DC en la condición discipular y misionera del bautizado supone enraizar la misión catequética en un compromiso que brota del bautismo. El nuevo catequista necesita profundizar en su propia identidad cristiana como discípulo (llamado a crecer en el seguimiento de Cristo) y como apóstol-misionero (enviado a comunicar y transmitir a los demás la alegría del Evangelio). En este sentido, la formación del catequista tiene que ahondar en la identidad bautismal y descubrir allí el camino para fraguar la identidad catequética desde la propia condición cristiana de discípulo misionero, llamado a trabajar en el seno de la comunidad en la transmisión de la fe.

En conclusión, la formación del catequista se inserta en la dinámica evangelizadora de toda la Iglesia desde una afirmación de su identidad de bautizado. Aquí radica una de las diferencias fundamentales entre los dos directorios sobre la formación. Por eso, cualquier plan de formación de catequistas tendrá que revitalizar la importancia de la gracia bautismal, que desentrañe el significado particular que tiene para un cristiano ser discípulo misionero.

1.3. LA COMUNIDAD CRISTIANA Y EL GRUPO DE CATEQUISTAS:

UNA FORMACIÓN EN COMUNIÓN

Ambos directorios resaltan como lugar por excelencia para la formación de catequistas la comunidad cristiana. Pero los matices varían en cada uno de ellos, poniéndose de relieve, una vez más, el salto cualitativo del carácter utilitarista de la formación en el DGC al carácter vivencial y ontológico al que apunta el DC.

El nuevo directorio comparte con el anterior la idea de que la comunidad cristiana es la principal responsable de catequizar (DGC, n. 220/DC, n. 64d) y el lugar privilegiado de catequización, en cuanto que ella es «el origen, lugar y meta de la catequesis» (DGC, n. 254/DC, n. 133). Pero el DC va un poco más allá e insiste especialmente en el hecho de que la vocación cristiana y el sentido apostólico para el servicio de la catequesis nace y crece en el seno materno de la comunidad cristiana. Es la comunidad cristiana en sí misma la que se constituye en ambiente ordinario donde se aprende y se vive la vida de la fe (cf. DC, n. 133),

y aquí la figura del sacerdote no juega el papel fundamental que le atribuye el anterior directorio (cf. DGC, n. 246).

Además, el DC concreta un poco más el papel formativo de la comunidad cristiana al presentar el grupo de catequistas como «laboratorio permanente de la fe»². Es decir, señala al grupo de catequistas como el grupo de referencia dentro de la comunidad cristiana en el que todo catequista está llamado a vivir la fe, madurar su identidad y crecer en el compromiso evangelizador de la Iglesia. El nuevo directorio no solo insiste en el sentido eclesial de la formación, sino en vivir el compromiso catequético desde la clave de la comunión y cultivar la espiritualidad de comunión (cf. DC, n. 88). Porque el grupo de catequistas se convierte en el ámbito principal para que cada catequista se sienta parte de la comunidad cristiana, se forme y se sienta acompañado. No se trata de ser catequista «para» transmitir la fe, sino ser catequista «con» otros catequistas y «acompañar a» los catecúmenos y catequizandos.

1.4. LOS CRITERIOS PARA LA FORMACIÓN: SEMEJANZAS Y DIFERENCIAS

Los criterios para la formación de los catequistas también han cambiado en los dos directorios. En el DGC n. 237 se consideran cinco criterios fundamentales: formarse para el momento histórico (temporalidad); prepararse para impartir una formación cristiana integral (integralidad); saber conjugar dimensiones complementarias de la fe (integralidad); descubrir el carácter propio del laico en la Iglesia (laicidad); y mantener una coherencia entre la pedagogía global de la formación del catequista y la pedagogía propia del proceso catequético (correspondencia pedagógica). Todos los criterios, excepto el cuarto, están orientados a procurar una formación del catequista para el acto catequético. El cuarto criterio se ocupa de la especificidad laical y de la espiritualidad de los laicos.

El nuevo *Directorio* obvia los criterios de la temporalidad, la integralidad y la laicidad, porque considera que el catequista requiere sustentar

² El concepto de «laboratorio de la fe» fue utilizado especialmente por san Juan Pablo II, y aparece desarrollado de manera particular en: JUAN PABLO II, *XV Jornada Mundial de la Juventud. Vigilia de oración en Tor Vergata*, (19.VIII.2000).

su formación en otros criterios que le incumben de manera personal y vivencial:

- Formarse en una *espiritualidad misionera* que tenga como punto de partida la propia experiencia de Dios.
- Vivir el *acompañamiento* como experiencia para crecer en el discipulado y como una práctica hacia los catequizandos.
- Madurar en la perspectiva de la *docibilitas* (como disposición para aprender) y entenderse como sujetos en continuo proceso de formación.
- Entender la formación como una dinámica de laboratorio, es decir, aprender haciendo.

De los cinco criterios enumerados en el DGC, el nuevo directorio asume dos de manera literal: la preparación para una catequesis integral y la coherencia entre los estilos de formación catequista-acción catequética (cf. DC, n. 135 b.d). Los otros criterios responden a un cambio de planteamiento centrado en la dimensión espiritual y en un modelo de formación de carácter permanente, cuya principal fuente de contenido será la propia experiencia espiritual y el desarrollo de la misión catequética. El giro del DC en los criterios de formación evidencia, por una parte, que preocupa más el crecimiento espiritual del catequista que la labor catequística en sí misma, y por otra, el valor mismo que tiene la formación en la vida del catequista. Y es que el nuevo directorio insiste en la necesidad de la formación continua no solo como una singularidad del catequista, sino como un aspecto esencial de la vida cristiana (cf. DC, n. 73-74).

Con estos criterios se pone al catequista en una clave de crecimiento personal para un mejor y mayor compromiso, que tiene como meta una armonización de aspectos complementarios: la atención a la persona y las verdades de fe; el crecimiento personal y la dimensión comunitaria; los dinamismos espirituales y la preocupación por el bien común. Todo catequista está llamado a recibir una formación específica, pero también a saber descubrir el valor formativo

que tiene para él su propia vida cristiana y el desarrollo de su misión catequética. En efecto, el catequista no solo necesita una formación sistemática y organizada que le capacite para el acto catequético, sino que debe tener claves para descubrir cómo su propia vida cristiana y la misma catequesis le autoforman. La autoformación, como camino de crecimiento personal, resulta clave en muchas áreas de la vida, y especialmente en los catequistas, llamados a recorrer un camino de fe y a acompañar a otros a recorrer ese mismo camino lo también.

1.5. *EL SABER ESTAR CON*: NUEVA CLAVE DE LA FORMACIÓN

Cuando se ocupa de las dimensiones de la formación, una vez más el DC vuelve a poner el acento en la formación como camino de crecimiento y configuración de la persona del catequista, y se aleja de la propuesta del DGC, centrada en la cualificación para el acto catequístico. Se evidencia en el hecho de que el nuevo directorio aboga por un equilibrio de las dimensiones de la formación, buscando un crecimiento armónico del catequista, pero *de facto* prepondera y desarrolla especialmente el *ser* y el *saber estar con*, es decir, las dos dimensiones que afectan a la identidad del catequista.

La principal novedad del apartado de las dimensiones de la formación es que añade la de *saber estar con* (cf. DC, nn. 140-142). En efecto, el DC asume casi literalmente las tres conocidas dimensiones señaladas en el DGC que se han de tener en cuenta en la formación de catequistas: el *ser*, el *saber* y el *saber hacer*; e introduce esta cuarta dimensión de *saber estar con*, que emerge de la interioridad del ser catequista.

El *saber estar con* hace referencia a la identidad relacional de la persona, es decir, a la capacidad esencial que tiene el catequista para relacionarse con los demás y, en consecuencia, para poder vivir la comunión eclesial y acompañar en el crecimiento de la fe. El modo de relación entre el catequista y el catecúmeno no es algo indiferente ni arbitrario, sino que constituye un elemento fundamental en la transmisión de la

fe y, por tanto, una dimensión que requiere ser formada. De hecho, la dimensión comunitaria, como recordaba el papa Francisco, «no es solo un “marco”, un “contorno”, sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización»³. El catequista debe crecer en su *saber estar con* como uno de los pilares que sustenta su vida cristiana y su misión catequética.

La transmisión de la fe exige relación interpersonal, y que ella favorezca la relación con Cristo. Por eso, la relación catequista-catecúmeno ha de ser madura, vivida desde un equilibrio emocional y con sentido comunitario. El papa Francisco insistió a los participantes de la reunión organizada por la oficina nacional de catequesis de la Conferencia Episcopal Italiana en la importancia del testimonio:

El corazón del misterio es el *kerygma*, y el *kerygma* es una persona: Jesucristo. La catequesis es un espacio privilegiado para favorecer el encuentro personal con Él. Por lo tanto, debe estar entrelazada de relaciones personales. No hay verdadera catequesis sin el testimonio de hombres y mujeres de carne y hueso⁴.

Las relaciones personales constituyen un elemento fundamental de la catequesis. Por eso, el directorio insiste en sustentar la acción catequética en relaciones fraternas y serenas (cf. DC, n. 140). Y es que solo desde una relación sana, ejemplar y testimonial, que brote de un espíritu de servicio y evite el abuso de autoridad, se puede iniciar y acompañar en la fe. El modo de estar del catequista es un particular y decisivo vehículo trasmisor para la comunicación de la fe, que no altera el contenido como tal, pero sí puede afectar gravemente a su credibilidad (cf. DC, n. 113a).

Además, el nuevo directorio destaca el *saber estar con* para poner veto a uno de los escándalos que actualmente están empañando la santidad de la Iglesia y de lo que no escapa el ámbito de la catequesis: los

³ Cf. FRANCISCO, *Audiencia General* (15.I.2014).

⁴ FRANCISCO, *Discurso* a los participantes en la reunión organizada por la oficina nacional de catequesis de la Conferencia Episcopal Italiana (30.I.2021).

abusos⁵. Y es precisamente en el apartado dedicado a la formación de catequistas donde deja claro que se trata de una línea roja infranqueable. El catequista ha de convertirse en referente para las personas que acompaña, garantizando en todo momento el respeto de su conciencia y de su integridad personal. Hay que erradicar cualquier tipo de abuso (de poder, de conciencia, económico o sexual) y de manipulación de la libertad personal.

En conclusión, el *saber estar con* debe también tenerse muy en cuenta en los planes de formación de catequistas. Se ha de insistir en el modo de estar como expresión y consecuencia del ser catequista. La transmisión de la fe necesita ir acompañada del testimonio, y este no se puede dar sin un *saber estar con* ejemplar que ayude a crecer humana y cristianamente al catequizando.

2. Apuntes espirituales de la formación

El DC sostiene la identidad del catequista sobre la experiencia de Dios: los catequistas son personas «que han experimentado el amor de Dios y que, solo por esta razón, se ponen al servicio del anuncio del Reino» (DC, n. 138). Y considera que la misma formación alimenta la espiritualidad del catequista (cf. DGC, n. 239; DC, n. 139). Por eso, existe una íntima conexión entre la espiritualidad y la formación de catequistas, y ambas determinan tanto su identidad como su misión.

La espiritualidad del catequista debe ser atendida y formada de manera especial. En el capítulo dedicado a la formación, el DC señala dos aspectos fundamentales sobre los que habría que pivotar la dimensión espiritual de los catequistas son: una espiritualidad misionera y evangelizadora (DC, n. 135a) y el acompañamiento (DC, n. 135c).

⁵ San Juan Pablo II ya reconoció en el año 2002 el escándalo que suponía para la Iglesia el abuso de menores por parte de algunos clérigos y religiosos (cf. JUAN PABLO II, *Discurso* en la reunión interdicasterial con los Cardenales de Estados Unidos, 23.IV.2002). El papa Benedicto XVI ahondó en el tema pidiendo perdón por los casos de abusos vividos en el seno de la Iglesia y adoptando la serie de medidas que promulgó persiguiendo esos abusos. Destaca de manera particular su carta pastoral a los católicos de Irlanda en 2010 (cf. BENEDICTO XVI, *Carta* a los católicos de Irlanda, 19.III.2010). Por último, fue el papa Francisco quien creó la Comisión Pontificia para la Protección de los Menores, el día 22 de marzo de 2014.

2.1. UNA ESPIRITUALIDAD MISIONERA Y EVANGELIZADORA

Desde el principio de su pontificado, el papa Francisco ha exhortado a la Iglesia a una conversión pastoral y misionera:

Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una «simple administración». Constituyámonos en todas las regiones de la tierra en un «estado permanente de misión» (EG, n. 25).

En la situación actual, se necesita una reforma de las estructuras y de las dinámicas eclesiales para transmitir la alegría del Evangelio, y así evangelizar el mundo contemporáneo⁶. Pero sobre todo se necesita una espiritualidad que suscite la conversión y acompañe la misión, es decir, una espiritualidad misionera (cf. EG, nn. 259-283). Por esta razón, el primer criterio que señala el directorio en el que debe ser formado el catequista es la espiritualidad misionera y evangelizadora (cf. DC, n. 135a). Es más, con una la formación en esta espiritualidad, el catequista no solo alimenta su vida cristiana y afianza su identidad como discípulo misionero, sino que renueva permanentemente su vocación a participar en la misión de la Iglesia y evita los cuatro principales peligros que, según el directorio, deberá afrontar: el individualismo, el intimismo, la crisis de identidad y perder la ilusión (cf. DC, n. 135a).

El catequista, como creyente de su tiempo, debe participar de la renovación espiritualidad en clave misionera de toda la Iglesia, y ser consciente de que su acción pastoral debe partir de la experiencia de Dios. Sin ella, su acción será estéril. En este sentido, el gran desafío del catequista es el mismo que tiene todo creyente: «vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo» (GS, n. 28). Solo el encuentro con la persona de Cristo puede convertir en verdadero testigo de la fe y custodio de la memoria de Dios (cf. DC, n. 113a).

Por otra parte, como en otros momentos de la historia de la Iglesia, cualquier cambio sustancial ha venido acompañado por un renovado

⁶ Cf. EG, nn. 14-18, 20-24, 25, 117, 120, 122, 176, 198, 239, 260, 264, 284, 287-288.

soplo del Espíritu Santo. Él ha sido y es el agente principal de la evangelización de la Iglesia: «No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo» (EN, n. 75). Por eso, en este momento evangelizador, el punto de partida de la acción catequética ha de ser la acción del Espíritu y «permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera» (EG, n. 20; cf. DC, n. 39).

2.2. EL ACOMPAÑAMIENTO: CLAVE EN LA VIDA DEL CATEQUISTA

El catequista no solo es testigo de la fe, custodio de la memoria de Dios, maestro, mistagogo y educador; sino que es también acompañante. Es decir, entre las tareas que se le encomiendan se encuentra la de ayudar a sus hermanos a madurar en la vida cristiana y a caminar hacia Dios (cf. DC, n. 113c). Por esta razón, los catequistas han de ser instruidos en el arte del acompañamiento, siguiendo el modelo que presenta el pasaje de los discípulos de Emaús (*Lc* 24, 13-35) o del encuentro de Felipe con el etíope en el camino de Gaza (*Hch* 8, 26-39). Una tarea de formación que compete a la Iglesia:

La Iglesia se siente en el deber de capacitar a sus catequistas en el arte del acompañamiento personal, ofreciéndoles la experiencia de ser acompañados para crecer en el discipulado y formándolos y enviándolos a acompañar a sus hermanos (DC, n. 135c)⁷.

El papa Francisco ha insistido en la importancia del acompañamiento y el discernimiento como un nuevo paradigma eclesial⁸. Él ha señalado la importancia de acompañar en: los procesos de crecimiento personal (cf. EG, nn. 169-173); las diferentes etapas de la relación

⁷ Esta idea está en la línea de lo que ya señaló el papa Francisco en *Evangelii gaudium*: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Éx 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG, n. 169).

⁸ El acompañamiento y el discernimiento en los últimos documentos del papa Francisco han sido estudiados en: J. E. CABRA MELÉNDEZ, *Acompañar a cada uno, discernir lo esencial. Por una pastoral de las relaciones personales. Lección inaugural curso 2020-2021*, Diócesis de Málaga, Málaga 2020. El autor llega a la conclusión de que el acompañamiento constituye «el paradigma, la imagen que puede iluminar toda la misión de la Iglesia, sea cual sea la labor concreta que corresponda llevar a cabo» (*ibíd.*, p. 21).

conyugal y la vida familiar⁹; y a los jóvenes¹⁰. Por eso, en el nuevo directorio, el acompañamiento del catequista no se reduce a ayudar a los catequizandos a discernir la vocación a la que Dios los llama (cf. DGC, n. 156; DC, n. 85), sino que se presenta como un «estilo» (una manera de vivir y de ser catequista) y, sobre todo, como un «arte» que facilita la maduración del acto de fe y la interiorización de virtudes cristianas en su proceso de crecimiento (cf. DC, n. 113c n. 67).

En este sentido, como todo estilo o arte, el acompañamiento espiritual requiere una formación, y parte de ella consiste en ser acompañado. El propio catequista tiene que vivir la experiencia del acompañamiento y descubrir algunas de las novedades que está llamado a transmitir como acompañante: humildad para dejarse interrogar por los acontecimientos de la vida, compasión, respeto a la libertad del otro, cercanía, acogida incondicional, gratuidad... (DC, n. 135c). Solo desde esta experiencia es posible llegar al corazón que sustenta la labor del catequista (cf. DC, n. 139) y, parafraseando al papa Francisco, puede realmente llegar a convertirse en un discípulo misionero que acompaña a otros discípulos misioneros (cf. EG, n. 173).

3. A modo de conclusión

En un contexto social de cambios profundos y rápidos como los que estamos viviendo dentro y fuera de la Iglesia, se requieren catequistas sólidamente formados en los contenidos de la fe y en los nuevos métodos pedagógicos, pero sobre todo se necesitan cristianos arraigados y edificados en Cristo (cf. *Col 2,7*), que vivan en el seno de la comunidad cristiana firmes en la fe. El nuevo directorio ha propuesto una formación de catequistas orientada especialmente a forjar la identidad cristiana, discipular y misionera de aquellos que han recibido la vocación catequética y han sido enviados por la Iglesia a contribuir con su misión evangelizadora a través de la catequesis.

⁹ FRANCISCO, exhortación apostólica postsinodal *Amoris laetitia* (Roma 2016), nn. 207-208. 230. 232-235.

¹⁰ FRANCISCO, exhortación apostólica postsinodal *Christus vivit* (Loreto 2019), nn. 291-298.

En esta formación centrada en la identidad, la espiritualidad del catequista se convierte en la clave de bóveda. La vida espiritual es la piedra angular que sostiene al catequista, da pleno sentido a su formación y hace creíble su transmisión de la fe. Sin espiritualidad, la formación catequética carece de raíces y, por consiguiente, la catequesis se desvincula de su manantial de vida. Las dos principales direcciones en las que actualmente se debería trabajar son: el acompañamiento personal y el espíritu misionero.

